

## ***Unas palabras sobre cómo educar a los seres humanos***

**León Trotsky**

**24 de junio de 1924**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *Problems of Everyday Life*, Monad Press, Nueva York, 1986, páginas 135-142. Intervención en la reunión para celebrar el aniversario del Instituto Karl Liebknecht.)

Cuando recibí la invitación a la reunión para celebrar el primer año de enseñanza del Instituto Karl Liebknecht, me encontré en una situación difícil. El trabajo en nuestra república soviética se está volviendo extraordinariamente especializado, se está formando un número cada vez mayor de campos separados, y es cada vez más difícil mantenerse al día con una décima o una centésima, y mucho menos, con todo este trabajo, con algún grado de atención y conciencia. Cuando se tiene que hablar de un establecimiento como su instituto, que está vinculado a una fábrica y a una escuela taller, un establecimiento de excepcional importancia, entonces se encuentra uno naturalmente en dificultades. Por lo tanto, les pido de antemano que no esperen un informe sobre la importancia y el papel de su instituto. Me limitaré sólo a algunas consideraciones de principio, o más exactamente a consideraciones relativas a las cuestiones de principio que surgen cuando se empieza a pensar en las tareas de su instituto, y en general en las tareas de toda educación que se esfuerce en establecer un vínculo inquebrantable entre el trabajo físico y el intelectual.

En la clase preparatoria del socialismo, aprendimos hace mucho tiempo que la principal maldición de la sociedad capitalista consistía en la división entre el trabajo mental y el intelectual. Esta división comenzó antes del capitalismo, con los primeros pasos del desarrollo de la sociedad de clases y de la cultura; desde entonces, la tarea de dirección se ha vinculado cada vez más con el trabajo intelectual y se opera a través de diversas categorías de trabajo intelectual. Al servicio de la producción, el trabajo intelectual se separa de la producción material. Este proceso continúa a lo largo de todo el desarrollo de la cultura. El capitalismo hace entrar al trabajo intelectual y al físico en la mayor contradicción, elevando la división a un grado de tensión extraordinario. El capitalismo transforma el trabajo físico en trabajo repelente y automático, y eleva el trabajo intelectual, en el nivel más alto de generalización, a la abstracción idealista y a la escolástica mística.

Aquí parece haber una contradicción. Ustedes saben que la escolástica surgió de la iglesia de la Edad Media. Luego, todavía en las profundidades de la vieja sociedad feudal, la ciencia natural comenzó a desarrollarse y a fertilizar la producción. Así, el desarrollo de la sociedad burguesa está estrechamente ligado al desarrollo de la ciencia natural y, por consiguiente, con la lucha contra la escolástica eclesiástica. Pero, al mismo tiempo, cuanto más crecía la burguesía, más temía la aplicación de los métodos de la ciencia a la historia, la sociología y la psicología. En estos campos, el pensamiento burgués se desvió cada vez más hacia el campo del idealismo, la abstracción y una nueva escolástica; y luego, para cubrir sus huellas, comenzó a introducir elementos del idealismo y la escolástica también en las ciencias naturales.

La ciencia es una parte de la praxis histórica del hombre; en su desarrollo se esfuerza en captar el mundo desde todos los ángulos, para ofrecer una orientación global al hombre creador. La división de la teoría y la práctica no puede dejar de golpear el trabajo intelectual con un extremo de la cadena rota, y el trabajo físico con el otro extremo. Lo sabemos desde las primeras páginas de los primeros libros sobre el socialismo. Allí aprendimos también que el capitalismo, al llevar esta contradicción al más alto grado de tensión, prepara *ipso facto* el camino para la reconciliación del trabajo intelectual y físico y para su unión sobre la base del colectivismo.

Nuestro país socialista se esfuerza en conciliar el trabajo físico y el intelectual, que es lo único que puede conducir al desarrollo armonioso del hombre. Tal es nuestro programa. El programa sólo da indicaciones generales para ello: señala con el dedo, diciendo “¡Ahí está el sentido general de tu camino!”. Pero el programa no dice cómo alcanzar esta unión en la práctica. No puede decir esto, ya que nadie podría, ni siquiera ahora, predecir en qué condiciones, de acuerdo con qué líneas, se construirá el socialismo en todos los países y en cada uno de ellos, cuál será el estado de la economía, o con qué métodos se educará concretamente a la generación joven, en el sentido de combinar el trabajo físico y el intelectual. En este campo, como en muchos otros, iremos y vamos ya por el camino de la experiencia, la investigación y los experimentos, conociendo sólo la dirección general del camino hacia la meta: una combinación lo más correcta posible del trabajo físico e intelectual.

Esta fábrica y escuela taller es interesante porque es uno de los intentos prácticos de solución parcial de este colosal problema social y educativo. No quiero decir con esto que el problema esté ya resuelto o que la solución esté muy próxima. Por el contrario, estoy convencido de que para llegar a la meta aún nos queda un camino mucho más largo que la pequeña distancia que ya hemos recorrido. Si pudiéramos decir que a través de la fábrica y la escuela taller nos acercamos realmente a la combinación de trabajo intelectual y físico, eso significaría que ya hemos recorrido quizás tres cuartas partes o incluso más del camino hacia el establecimiento del socialismo. Pero todavía queda un largo, largo camino, por recorrer. Una condición previa para combinar el trabajo físico y el intelectual es la destrucción del dominio de clase. En líneas generales lo hemos hecho; el poder está en manos de los obreros. Pero sólo una vez que la clase obrera ha tomado el poder en sus manos hemos comprendido por primera vez lo pobres y atrasados que seguimos siendo, o, como dijo una vez el crítico ruso Pisarev, lo “pobres y estúpidos” que somos. Por la palabra estupidez debemos entender aquí simplemente el atraso cultural, ya que por naturaleza no somos estúpidos en absoluto, y cuando hayamos tenido tiempo de aprender nos valdremos por nosotros mismos.

La clase obrera tuvo que tomar el poder en sus manos para que no hubiera obstáculos políticos a la construcción de la nueva sociedad. Pero, una vez conquistado el poder, se encontró con otro obstáculo: la pobreza y la incultura. Aquí está la diferencia entre nuestra posición y la del proletariado de los países capitalistas avanzados. En su camino hay un obstáculo directo: el estado burgués, que sólo permite un área definida de actividad proletaria, el área que la clase dominante considera permisible. La primera tarea en occidente es derrocar el dominio de clase, el estado burgués. Allí es más difícil resolver este problema que aquí, porque el estado burgués es más fuerte allí que aquí. Pero cuando haya derrocado el dominio de clase, el proletariado occidental se encontrará en una posición más favorable que la nuestra con respecto a la creación cultural.

Si ahora nos hemos adelantado unos años, esto no significa en absoluto que vayamos a llegar al reino del socialismo antes que el proletariado inglés o alemán. No, eso no se ha demostrado. En el camino hacia el reino del socialismo hay algunas trincheras o barricadas. Nosotros tomamos la primera barricada (la política) antes, pero es totalmente posible que los europeos nos alcancen en la segunda o tercera barricada. La economía, la producción, es la barricada más difícil, y sólo cuando la tomemos, cuando levantemos las fuerzas productivas del socialismo, desaparecerá la maldita distinción entre “obrero” e “intelectual”, que resulta del hecho de separar el trabajo mental del trabajo físico. No es en absoluto imposible (al contrario, es muy probable) que el proletariado alemán, si toma el poder en sus manos en los próximos tres años (estoy hablando aproximadamente), con dos o tres saltos no sólo nos alcanzará, sino que incluso nos superará, porque la base material “heredada” para la creación cultural es considerablemente más rica allí que aquí. Hoy la clase obrera de Alemania marcha por

carreteras asfaltadas, pero tiene las manos y los pies atados a la esclavitud de clase. Nosotros caminamos por surcos, por barrancos, pero nuestras manos y pies son libres. Y eso, camaradas, tipifica la diferencia entre nosotros y el proletariado europeo. Bajo el yugo del capital, ahora es impotente incluso para empezar a resolver el problema del trabajo físico e intelectual. No tiene el poder.

El poder del estado es la capacidad material y la forma de decir a la clase sometida: ahí tenéis el derecho de llegar hasta esta línea, pero no más allá; como nosotros, la clase dominante en nuestro país, decimos a los hombres de la NEP. Somos nuestra propia autoridad, pero en cuanto miramos debajo de nuestros pies, hay charcos, agujeros, zanjas de todo tipo, y cojeamos y tropezamos; nos movemos lentamente. Pero el proletariado europeo, liberado de los grilletes de sus manos y pies, nos alcanzará; y, por supuesto, nos alegraremos de ello, porque nos ayudarán también a llegar al final del asunto.

Digo esto para señalar que sólo con nuestras propias medidas pedagógicas no completaremos la solución total de los problemas básicos de la educación socialista y la fusión del trabajo físico con el intelectual; pero si hacemos una serie de experimentos en este camino y alcanzamos éxitos parciales, eso ya será una enorme ventaja tanto para nosotros como para el proletariado europeo, que podrá desarrollar estos éxitos parciales en una escala más amplia. Por lo tanto, debemos trabajar en este camino con más energía, más perseverancia y más obstinación.

En el campo de la pedagogía, es decir, en el campo de la educación consciente del hombre, se ha estado aprendiendo quizás más a ciegas que en otros campos. La vida social del hombre tenía, como se sabe, un carácter elemental: la razón humana no se puso inmediatamente a trabajar, a pensar en la vida social. La producción campesina, la familia campesina, la vida eclesiástica, el “patriarcal” (las formas de estado monárquico se fueron estableciendo a espaldas de la gente de forma imperceptible, a lo largo de cientos y miles de años). Sólo a un cierto nivel, y especialmente con la aparición de las ciencias naturales, la gente empezó a organizar la producción conscientemente, no según la tradición, sino según un diseño planificado (por supuesto, no a escala social, sino privada). Entonces empezaron a criticar la estructura de clases y el poder real, a exigir igualdad y democracia. La democracia significaba la aplicación de la razón de la joven y aún fresca burguesía a la causa de la construcción del estado. Así, el pensamiento crítico se trasladó de las cuestiones de las ciencias naturales y la tecnología al estado. Pero las relaciones sociales en sentido amplio continuaron bajo el dominio de la burguesía para ser establecidas de forma espontánea. El proletariado surgió espontáneamente contra la espontaneidad capitalista. Entonces surgió la crítica consciente. Sobre ella se construyó la teoría del socialismo ¿Qué es la construcción socialista? Es la construcción económica según la razón, ya no sólo dentro de los límites de la empresa o del trust, como bajo el dominio de la burguesía, sino dentro de los límites de la sociedad, y luego de toda la humanidad. En el socialismo tenemos la aplicación del pensamiento científico a la construcción de la sociedad humana. Así como antes la burguesía construía las fábricas “según la razón” y construía su estado según la razón (burguesa), la clase obrera dice: “Construiré toda la vida social de arriba abajo según la razón”.

Pero el hombre mismo es también algo elemental. Sólo gradualmente se aplica a sí mismo la crítica de la razón. El efecto de la educación en el hombre pasó, como dijimos, desapercibido. Sólo bajo una sociedad socialista se establecerán las condiciones para un acercamiento científico al hombre. Y el hombre necesita tal aproximación. Porque, ¿qué es el hombre? En absoluto un ser acabado y armonioso; no, su ser es todavía muy incoherente. En él no sólo está el vestigio del apéndice, que no le sirve para nada (sólo le viene de él la apendicitis), sino que, además, si tomáis su psique, encontraréis allí tantos “vestigios” innecesarios como queráis, de los que provienen toda clase de enfermedades, toda clase de apendicitis espirituales.

El hombre, como tipo de animal, se desarrolló en condiciones naturales, no según un plan, sino espontáneamente, y acumuló en sí mismo muchas contradicciones. Una de estas graves contradicciones, no sólo sociales sino fisiológicas, se refleja en el proceso sexual, que tiene un efecto perturbador en los jóvenes.

El problema de cómo educar y regular, de cómo mejorar y “terminar” la naturaleza física y espiritual del hombre, es un problema colosal, cuyo trabajo serio sólo es concebible bajo condiciones de socialismo. Podremos conducir un ferrocarril a través de todo el Sahara, construir la Torre Eiffel, y hablar con Nueva York por radio, pero ¿no podremos realmente mejorar al hombre? Sí; ¡podremos hacerlo!

Crear una nueva “edición mejorada” del hombre, esa es la tarea adicional del comunismo. Pero para ello es necesario, como punto de partida, conocer al hombre desde todos los ángulos, conocer su anatomía, su fisiología y esa parte de su fisiología que se llama psicología.

Los vulgares filisteos dicen que el socialismo es una estructura de estancamiento total. Tontería, de las más burdas tonterías. Sólo con el socialismo comienza el verdadero progreso. El hombre se mirará por primera vez a sí mismo como a una materia prima, o en el mejor de los casos, como a un producto a medio terminar, y dirá: “Por fin he llegado a ti, mi querido *homo sapiens*; ¡ahora puedo ponerme a trabajar en ti, amigo!”. Perfeccionar el organismo del hombre, utilizando las más variadas combinaciones de métodos, para regular la circulación de la sangre, perfeccionar el sistema nervioso y, al mismo tiempo, templarlo y fortalecerlo, hacerlo más flexible y resistente, ¡qué tarea tan gigantesca y fascinante!

Pero esto, por supuesto, es la música del futuro. Lo que tenemos que hacer es poner las primeras piedras en los cimientos de la sociedad socialista. Y la primera piedra es aumentar la productividad del trabajo. Sólo sobre esta base puede desarrollarse el socialismo. Porque cada nueva estructura social conquista porque aumenta la productividad del trabajo humano. Sólo podremos hablar de una victoria real, completa e invencible, del socialismo cuando la unidad de fuerza humana nos dé más productos que bajo el dominio de la propiedad privada. Uno de los medios más importantes para ello es la educación de los obreros cultivados y cualificados. Tal educación se está llevando a cabo aquí, en esta fábrica y escuela taller. ¿En qué medida estas escuelas resolverán el problema de la preparación del “cambio” en la producción? No voy a entrar en esa cuestión. Eso necesita la prueba seria de la experiencia. Pero grabemos en nuestra memoria el hecho de que el destino de nuestra economía, y por tanto de nuestro estado, depende de la solución de este problema.

La educación de los obreros cualificados es una cara de la cuestión; la educación de los ciudadanos es la otra. La república socialista no necesita robots de trabajo físico, sino constructores conscientes. El hombre educado de la tierra de los obreros y campesinos, cualquiera que sea su profesión, con una especialización estrecha o amplia, debe estar armado también en otro campo. Este es el campo social. Nada lo protege a uno del efecto humillante de la especialización tan bien como el método marxista, como el leninismo, es decir, el método de comprender las condiciones de la sociedad en la que se vive, y el método de actuar sobre esas condiciones. Y cuando tratamos de comprender las relaciones entre los estados, volvemos a necesitar el mismo método del marxismo-leninismo. Sin la comprensión de las conexiones entre lo privado y lo social, no puede haber un hombre educado.

La peculiaridad básica del pensamiento pequeñoburgués es que está especializado en su propia y estrecha esfera, encerrado en su propio armario. Hay intelectuales burgueses cultos que, aunque escriban libros eruditos de mil páginas, siguen analizando las cuestiones por separado, cada una por sí misma, sin conexiones, y así siguen siendo pequeños burgueses limitados. Hay que ser capaz de tomar cada cuestión en su desarrollo

y en sus conexiones con otras cuestiones; entonces las conclusiones contarán con tantas más garantías de ser correctas. Estas garantías sólo las ofrece la escuela marxista. Y, por lo tanto, cualquiera que sea la especialización, pasar por la escuela del leninismo es esencial para todo obrero educado, y especialmente para todo futuro profesor.

La escuela del leninismo es una escuela de acción revolucionaria. “Soy ciudadano de la primera república obrera y campesina del mundo”: esa conciencia es la precondition de todo lo demás. Y para nosotros esa conciencia es una exigencia de autoconservación. Seríamos utópicos, miserables soñadores, o desdichados soñadores, si nos pusiéramos a pensar que tenemos asegurado para toda la eternidad un desarrollo pacífico para el socialismo. En absoluto. En el sentido internacional las cosas se han vuelto más fáciles para nosotros, eso es incuestionable. Pero ¿creen ustedes, camaradas, que cuanto más se desarrolle el movimiento comunista en Europa, más asegurados estaremos contra los peligros de la guerra? Quien piense eso se equivoca. Aquí es necesario un enfoque dialéctico. Mientras el partido comunista siga siendo más o menos peligroso, pero aún no temible, la burguesía, recelosa de darle alimento, buscará treguas con nosotros; pero cuando el partido comunista de un determinado país se convierta en una fuerza amenazante, cuando el agua empiece a llegarle al cuello a la burguesía, entonces el peligro volverá a crecer también para nosotros.

Vladimir Ilich no advirtió en vano de que todavía tendremos que pasar por una nueva explosión del furioso odio del capital mundial hacia nosotros. Por supuesto, si fuéramos un estado aislado, o el único en el mundo, después de conquistar el poder habríamos construido el socialismo por una vía pacífica. Pero sólo somos una parte del mundo, y el mundo que nos rodea es aún más fuerte que nosotros. La burguesía no renunciará a su posición sin luchas crueles, considerablemente más crueles que las que ya hemos sufrido. Los ataques de la burguesía volverán a tomar un carácter feroz cuando los partidos comunistas empiecen a crecer por encima de la burguesía. Por lo tanto, sería una imperdonable irreflexión suponer que pasaremos al socialismo sin guerras ni convulsiones. No, no nos dejarán hacerlo. Tendremos que luchar. Y para eso necesitamos dureza, educación en el espíritu del valor revolucionario. El nombre que está escrito en las paredes de su Instituto (Karl Liebknecht) no debe haber sido escrito en vano.

Tuve la suerte de conocer a Liebknecht durante unos veinte años. Es una de las mejores figuras humanas que perduran en mi memoria. Liebknecht fue un verdadero caballero del deber revolucionario. No conoció otra ley en la vida que la de la lucha por el socialismo. Lo mejor de la juventud alemana ha vinculado durante mucho tiempo sus mejores esperanzas, pensamientos y sentimientos con la figura de Karl Liebknecht, el intrépido caballero de la revolución proletaria. La educación en el deber revolucionario es la educación en el espíritu de Karl Liebknecht. Debemos recordar: todavía tenemos que atravesar enormes dificultades. Y para ello es necesario que cada uno de ustedes, cuando salga de los muros de este instituto, tenga el derecho de decirse a sí mismo: ¡el Instituto Karl Liebknecht me ha convertido no sólo en un profesor, sino en un luchador revolucionario! (*Aplausos*)

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)